

LO INCONSCIENTE

1. LA FILOSOFÍA Y PSICOLOGÍA DE LO INCONSCIENTE

Acerquémonos al problema de lo inconsciente mediante un estudio de la corriente ordinaria de la vida mental.

En cualquier momento dado están teniendo lugar en nuestra vida mental muchos fenómenos conscientes. A la totalidad de estos fenómenos en cualquier momento se llama el campo de la conciencia. Y por analogía con todo lo que pueden ver los ojos, cuando contemplan un punto fijo, se llama al acontecimiento, al cual se presta una atención directa, el *punto focal* de la conciencia, y a todo lo que le rodea, el *campo de la conciencia*. Se dice del que atiende que se da cuenta «focalmente» de lo que se halla dentro del punto focal de la conciencia, y se dice que todo lo que se halla alrededor del punto focal es *subconsciente*. Se podría concebir lo inconsciente como el valor límite de lo subconsciente cuando se desvanece en la nada. Esto reduciría la actividad de lo inconsciente en la vida mental del hombre a algo de importancia infinitesimal; pero hay muchas pruebas que indican que lo inconsciente, fuere lo que fuere, se halla muy por encima del umbral de lo infinitesimal.

Abandonemos el momento presente y preguntémonos en qué se convierten los fenómenos conscientes cuando los momentos presentes, uno tras otro, se hunden en el pasado. Fuere lo que fuere lo que pueda ser el fenómeno consciente en el momento actual, no es aniquilado simplemente cuando desaparece en el pasado. En cierto modo sobrevive, pues es capaz, con mayor o menor modificación, de despertar como de un sueño y entrar de nuevo en el campo del presente consciente.

¿Qué es de él mientras tanto? Si se puede contestar a esta pregunta, poseeremos alguna información importante sobre lo inconsciente.

La contestación ordinaria de la psicología del cerebro es que todo fenómeno consciente deja un rastro de sí mismo en el sistema nervioso, y que estos rastros son capaces de reactivación y de convertirse así en conscientes.

Hagamos aquí la pregunta de si se puede o no decir que estos rastros son, en cualquier sentido, psíquicos en su naturaleza, y discutamos luego si la afirmación de que «todos los fenómenos conscientes son psíquicos» puede o no ser transformada sencillamente, de manera que podamos decir también que «todos los fenómenos psíquicos son conscientes». Pues si tenemos que decir que:

1) Todos los fenómenos conscientes son psíquicos; y

2) Solamente *algunos* fenómenos psíquicos son conscientes, entonces habremos alcanzado un nivel importante en el progreso de la discusión, y podremos comprender muchas cosas, contemplándolas desde el ventajoso punto de vista a que hemos ascendido. Entonces, lo psíquico sería un género con dos subespecies de fenómenos: lo consciente y lo inconsciente.

Por consiguiente, emprendamos el estudio de los rastros dejados en la mente por la actividad de los fenómenos conscientes.

¿Pueden ser todos estos rastros nada más que algo análogo a la deposición de un precipitado, que procede de la actividad química en varias regiones del sistema nervioso, o algún otro cambio puramente físico o químico de carácter material?

Contemplemos este asunto, por un momento, desde el punto de vista de ciertas teorías acerca de la relación entre cuerpo y alma.

Muchos que reflexionan en la actualidad sobre los problemas de las relaciones entre cuerpo y alma adoptan la teoría conocida con el nombre de paralelismo psico-

físico. Esta teoría da por sentado que lo que es psíquico no puede producir nunca nada físico, ni ser producido por éste, y, *viceversa*, que lo que es físico no puede ser producido nunca por lo que es psíquico. Concibe los fenómenos psíquicos como siguiendo un camino, en el cual lo psíquico produce lo psíquico, pero nunca lo físico; y paralela a esta serie de fenómenos, y completándolos de una manera maravillosa por una especie de armonía preestablecida, hay una serie de fenómenos en la cual lo físico produce lo físico, pero nunca lo psíquico.

¿Qué es el rastro de la memoria desde el punto de vista del paralelismo psicofísico? El concepto fisiológico ordinario del rastro de la memoria no es aplicable, pues, con arreglo a esta teoría; un fenómeno mental no puede dejar nunca un rastro físico en el sistema nervioso, y un rastro físico no puede dar origen nunca a fenómenos mentales, tal como lo sería la representación psíquica reproducida de lo que ocurrió en el pasado. Se tendrían que postular dos series de rastros: una física y otra psíquica. El fisiólogo del cerebro podría concebir realmente el cerebro como guardando los rastros físicos. Pero si él es también un paralelista psicofísico, sus rastros físicos no le ayudarían a explicar las experiencias psíquicas de la memoria, pues lo físico, según esta teoría, no puede producir nunca nada psíquico. Tiene que haber un rastro psíquico, y éste tiene que estar guardado de alguna manera y en alguna parte. Y así podríamos ser conducidos al concepto de dos entes substanciales. Pues la acción tiene que ser la actividad de algo, y somos forzados, por consiguiente, al extraño concepto de un cuerpo substancial, en el cual reside un alma substancial, actuando y desenvolviéndose, tanto el alma como el cuerpo, por medio de poderes inherentes a cada uno de ellos; pero no actuando uno sobre el otro.

Después de todo, éste fué el concepto de Descartes. Pero para Descartes la mente actuaba sobre el cuerpo y el

cuerpo actuaba sobre la mente de una manera manifiestamente inexplicable.

En cualquier teoría de dualismo extremo, el concepto del rastro de la memoria presenta una dificultad importante. ¿Puede el rastro ser llamado psíquico, pero inconsciente, mientras permanece dormido? En este caso, sería albergado por la «psyche». O el rastro es físico o inconsciente solamente, en el sentido de que no es consciente o psíquico en su naturaleza, pero que de esa manera, siempre extraña e inexplicable, exigida por el extremo dualismo, aunque físico en su propia naturaleza, da origen a algo que es psíquico y consciente.

Pero el dualismo no implica necesariamente la áspera oposición entre cuerpo y alma concebida por Descartes. Muchas consideraciones apuntan al concepto de la sustancia viva, que es completamente diferente de las formas de materia, que no crecen, ni asimilan el alimento, ni se desarrollan, en virtud de un principio inherente que se halla dentro del todo orgánico. Este principio inherente acaso sea físicamente inseparable del material que él organiza, o, si es separable, como en el caso del alma humana, puede ser incompleto al ser separado y demandar para la plenitud de su actividad el substrato que sea capaz de ser organizado.

¿Qué es el rastro de la memoria en semejante organismo psicofísico? Es una cosa vital y viviente, no una cosa que se asemeje a un depósito químico. Pues si fuera un mero depósito podría ser una secreción separada del organismo, pero no una parte del propio organismo y capaz de entrar en las actividades internas de éste, como lo hacen los rastros de la memoria.

¿Es físico y psíquico? La contestación a esta pregunta es que el rastro de la memoria no es puramente físico; pero que muchos rastros de la memoria son psicofísicos y algunos puramente psíquicos o espirituales en su naturaleza.

Explicuemos esta cuestión. Hay una gran cantidad de experiencia que viene a nosotros a través de los sentidos. Las sensaciones visuales, gracias a los medios de refracción del ojo, forman un retrato en la retina, y este retrato es proyectado, punto por punto, sobre los giros cuneiformes del córtex cerebral. Esta región está conectada con la región motriz, de tal forma, que cuando surge esta imagen particular se producen ciertos movimientos. Esta serie total de fenómenos óculomotores exige un organismo en el cual pueda tener lugar, aun cuando los experimentos indican que si varias regiones del cerebro son destruidas, el organismo no pierde los hábitos adquiridos por medio de la experiencia visual (1). Tales rastros son de naturaleza psicofísica.

Pero hay experiencias cognoscitivas que no son susceptibles de ser localizadas, y para las cuales no podemos ver ninguna otra conexión con el cerebro que la que vemos indirectamente a través de los datos sensoriales derivados originariamente de la actividad nerviosa de los mecanismos de la sensación. Pero los datos sensoriales meramente presentados importan para las operaciones intelectuales, tales como la abstracción, comparación, interpretación y generalización, de las cuales se derivaron conceptos universales, tales como nuestro conocimiento de la naturaleza esencial de la prudencia, templanza, justicia y fortaleza, y principios generales, tales como: Haz el bien y evita el mal.

Y ahora podemos preguntar: ¿qué es de todos estos conceptos y principios cuando ya no están en el campo de la conciencia? No pueden ser depósitos químicos que están en el sistema nervioso. No son de naturaleza física, sino espiritual. Tenemos que usar el amplio término «psíquicos» para designarlos. Cuando ya no están presentes en la conciencia son inconscientes. Podemos decir que

(1) V. T. V. MOORE: *Cognitive Psychology*; págs. 82 y 522.

existen como rastros; pero el término rastro tiene que ser ampliado para que comprenda los rastros psíquico.

Si ahora algunos rastros mentales son psíquicos, pero inconscientes, no puede haber ninguna contradicción, siempre que los términos sean definidos como los hemos definido nosotros, cuando hablamos de condiciones psíquicas inconscientes.

2. EL FUNDAMENTO DEL JUICIO Y LA PSICOLOGÍA DE LO INCONSCIENTE

a) *Experiencia sensorial.*

¿Es absolutamente necesario que la mente se dé cuenta, de una manera clara, del fundamento del juicio? Hay varios medios de prueba que muestran que ni en la simple percepción sensorial ni en el razonamiento está siempre la mente completamente enterada de todo lo que entra en el complejo sensorial sobre el cual se basa un juicio sensorial, ni del principio que determina una conclusión.

Examinemos la prueba.

Tomemos por ejemplo el sencillo experimento de comparar dos pesos, levantándolos, y juzgar si uno es más pesado o más ligero que el otro. Un método de hacer esta discriminación es obligar a una persona a hacer un gran número de juicios de pesos tomados de dos en dos, que difieren en un valor ponderal que se aproxima al umbral de discriminación del sujeto. Se acostumbraba a considerar el intervalo en el cual el sujeto hacía del sesenta y cinco al ochenta por ciento de juicios correctos como el umbral de la persona examinada.

Si uno había de darse claramente cuenta de las claves que conducen al juicio sobre si el objeto es más pesado o más ligero, parecería que debería haber un intervalo definido debajo del cual todos los juicios serían práctica-

mente: no lo sé, y si me veo forzado a adivinar, en un sentido o en otro, el cincuenta por ciento de las suposiciones sería correcto y el otro cincuenta por ciento equivocado. Por encima de este límite, todas las suposiciones deberían ser prácticamente correctas.

Pero uno ve que no es éste el estado del asunto. Uno de los primeros estudios de la Psicología experimental americana fué una concienzuda investigación de este problema realizada por Peirce y Jastrow (2). Demostraron que no hay semejante umbral fijo de discriminación, sino que, a medida que dos pesos difieren entre sí cada vez más, el porcentaje de juicios correctos aumenta de acuerdo con la ley de probabilidades. Y todavía más: un sujeto podía estimar que su juicio estaba completamente desprovisto de certeza, y, no obstante, ser correcto de cada cinco veces tres. Consideremos un tirador disparando a un blanco, y contemos el porcentaje de disparos que dan dentro de los diferentes círculos que rodean el centro del blanco, representando los radios de dichos círculos las distintas diferencias entre los dos pesos. ¿Preguntamos luego cuál es la probabilidad de cometer un error y de decir que los pesos son iguales cuando, en realidad, son desiguales en una proporción igual a la diferencia dada que existe entre ellos? Planteando el problema en esta forma, es posible calcular la probabilidad, es decir, el porcentaje de errores que ocurrirían probablemente en cualquier número dado de juicios. Peirce y Jastrow hicieron esto, y encontraron una conformidad casi exacta entre el número de errores cometidos realmente y el de los calculados por medio de la teoría de la curva de probabilidad (3).

(2) C. S. PEIRCE y J. JASTROW: *On Small Differences of Sensation*. Mem. Nat. Acad. Sci., 1884, 3, 75-83.

(3) Para una confirmación de los estudios de PEIRCE y JASTROW, véase F. M. URBAN, *The Application of Statistical Methods to the problems of Psychophysics*. Philadelphia Psychological Clinic Press, 1908.

Cualquiera que haya seguido la demostración de Hagen de la ley del error tal como ha sido expuesta en el libro de texto de Mansfield Merriman, titulado «The Method of Least Squares», comprenderá lo que se sugiere aquí. Las impresiones sensoriales: «más pesado» o «más ligero», «igual» o «desigual», «mutación» o «inalterabilidad», no son tan sencillas como parecen. Ellas nacen de una impresión total, que es el resultado de una miríada de causas infinitesimales, y la balanza caerá bien hacia un lado, o bien hacia otro, con una frecuencia que depende de la ley de probabilidades.

Si es éste el caso, la acción individual de cualquiera de estas causas cuasi-infinitesimales tiene que estar muy por debajo del umbral de la consciencia. Muchos juicios sensoriales tienen que consistir en pesar las probabilidades y los elementos que dan lugar a la resultante de que la impresión total yace en cada individuo en un reino que podemos llamar lo inconsciente. Sin embargo, viendo que la impresión total es consciente, y viendo los elementos que la producen, todo elemento, tal como el estímulo de una simple fibra nerviosa, ha de tener en cierto modo un efecto psíquico en la producción de la impresión consciente total. Realmente, hay cosas tales como cambios químicos que tienen lugar en la actividad de una neurona; pero estos cambios químicos no constituyen el cuadro completo, sino que hay también un resultado consciente y psíquico, una experiencia sensorial que, juntamente con similares experiencias sensoriales cuasi-infinitesimales, tienen como resultado la impresión sensorial total que nos parece ser «más pesado» o «más ligero», «igual» o «desigual», «más brillante» o «más opaco», etc, etc.

Peirce y Jastrow observan: «El hecho general tiene consecuencias prácticas muy importantes, puesto que proporciona nuevos motivos para creer que captamos lo que pasa recíprocamente en la mente de otro en gran medida de sensaciones tan débiles, que no nos damos cuenta debi-

damente de que las poseemos, y no podemos dar una explicación de cómo alcanzamos nuestras conclusiones sobre tales materias.» (4).

Estas observaciones no encuentran pleno fundamento lógico en los experimentos conocidos; pero hay muchos medios de prueba que indican que no nos damos cuenta específicamente de todos los elementos que nos inclinan a creer una cosa mejor que otra. En algunos problemas la evidencia se manifiesta tan claramente, que la ley de probabilidades ya no funciona. Pero en muchos juicios prácticos de la vida nos vemos forzados a seguir inclinaciones y tendencias sin poder analizar un problema hasta llegar a aquellos elementos que sin excepción se elevan hasta la consciencia focal.

Tenemos otro ejemplo del campo de la percepción sensorial.

Miller hizo el siguiente interesante experimento: Fingió a un grupo de sujetos que estaba haciendo un experimento sobre la doble visión, y les pidió que mirasen fijamente a un espejo transparente mientras el experimentador miraba a una de las cinco cartas denominadas de acuerdo con los dibujos que había en ellas: una cruz, una onda, una estrella, un círculo, un cuadrilátero. Se les pidió que intentasen ver uno de estos dibujos en el espejo, y que si no podían verlo, se lo figurasen, y dijeran lo que se habían figurado.

Hay que advertir que un aparato de proyección reproducía la imagen de uno de los dibujos sobre el espejo, pero tan débilmente, que no se podía ver.

Se utilizó un segundo grupo de sujetos que desde el principio sabían cuáles eran los dibujos proyectados sobre la pantalla. Los individuos de este grupo eran llamados sujetos conscientes y los del primer grupo sujetos inconscientes.

Cuando la intensidad de la luz con la que eran proyec-

(4) Capítulo I, pág. 83.

tados los cuadros fué de 0,0150 bujías (foot candles) (*), todos los sujetos hicieron, por término medio, 25 suposiciones correctas entre 125; es decir, el número probable.

Pero más allá de este punto los sujetos conscientes obtuvieron un porcentaje creciente de suposiciones correctas, aun cuando la intensidad de la iluminación era demasiado débil para ellos y no podían realmente ver la figura. Los sujetos inconscientes comenzaron a aumentar su porcentaje de suposiciones correctas solamente después que la iluminación pasó a tener una intensidad de 0,0175 bujías (foot candles). Por tanto, el saber lo que se ha de buscar aumenta el poder de visión. Así que incluso una cosa tan sencilla como el umbral de la sensación visual depende de factores internos y no es solamente una función del órgano periférico.

Pero lo que ahora nos interesa principalmente es que los estímulos sensoriales que se hallan debajo del umbral de la percepción consciente puedan ser evaluados y contribuir a la corrección del juicio (5).

En las decisiones basadas sobre la percepción sensorial hay a menudo un elemento de lo inconsciente que sirve de base para el juicio (6).

b) *Experiencia intelectual.*

Pasemos ahora al campo de lo intelectual. El poder de definir la significación de una palabra es un acto intelectual que trasciende de los límites de las funciones sensoriales. Pero así como hemos visto que una percepción sensorial, tal como «más pesado», parece ser debida a un

(*) N. DEL T.—Footcadle es unidad cuantitativa de luz; significa bujía/pie y no bujía/metro.

(5) Para conocer los detalles de este experimento, véase el libro de JAMES GRIER MILLER, *Discrimination without Awareness*. «Am. J. Psychol.», 1939, 52, 562-578.

(6) Hay una copiosa literatura sobre este problema. Véase el excelente sumario hecho por JAMES GRIER MILLER, *Unconsciousness*. Nueva York, 1942, págs. IX-329, capítulo VI, «Subliminal Unconsciousness», páginas 135-158.

gran número de contribuciones cuasi-infinitesimales para una impresión sensorial total, así también nuestro conocimiento de la significación de una palabra, aunque aparentemente simple, es capaz de resolverse en un número de categorías de información, y éstas también pueden ser nuevamente subdivididas, y seguiríamos así a través de los diversos estadios del análisis.

Así, cuando preguntamos qué es un cuchillo, se nos podría reponder: un cuchillo es un instrumento que sirve para cortar. Y podríamos preguntar: ¿Qué es un instrumento? Webster define el instrumento como aquello por medio de lo cual se ejecuta cualquier trabajo o se lleva a cabo un resultado. Es claro que luego se podrían definir cada una de las palabras de esta definición, y así continuaríamos indefinidamente. El conocimiento que uno tiene de todo lo que está implicado en estas diversas definiciones, los conceptos latentes, todos ellos contribuyen a completar la significación de la palabra cuchillo. Un déficit considerable de los conceptos fundamentales (no meramente de las palabras que los designan) oscurecería el significado de «cuchillo», bien presentado como una palabra o bien como un objeto real. Es completamente evidente que si todos los conceptos contribuyentes habrían de entrar en la conciencia con objeto de comprender el significado de una palabra, sería imposible la lectura. Los conceptos contribuyentes tienen que yacer dormidos; esto es: que permanecer inconscientes o subconscientes; pero tienen que producir todavía su efecto cuando comprendamos el significado de una palabra.

Pasemos al proceso del razonamiento. Somos capaces de resolver problemas, porque la mente alberga una reserva de principios a los cuales se puede asimilar el problema. Es interesante notar que cuando estamos resolviendo el problema no expresemos frecuentemente de una manera clara el principio que determina la solución. Y muchas personas que han recibido una educación esme-

rada son incapaces de formular el principio, ni siquiera en la reflexión, muy parecido a los niños pequeños o como los débiles mentales: cuando se les pregunta qué es una silla, dicen que una silla es una silla. Pero su incapacidad para dar cualquier definición no significa que no conocen lo que es una silla, y la incapacidad de los adultos normales para formular el principio que determina esta conclusión no significa que el principio no está presente, ni que no se muestra activo para conducir la mente a la conclusión. Está inconsciente, y su actividad pertenece al campo de lo inconsciente.

Tomemos un ejemplo:

La República contra Hackett (7). Tribunal Supremo de Justicia de Massachusetts, 1861, acusación por asesinato.

El acusado, de una manera premeditada e injustificada, produjo una herida, que por fin causó la muerte del hombre a quien él atacó.

El acusado mantuvo que la muerte de su víctima fué debida al desacertado tratamiento del cirujano que la atendió, y que no le era suficiente al Estado probar que el hombre no habría muerto si no hubiese sido herido; y que si el cirujano lo trató desacertadamente, el cirujano era responsable de la muerte del herido y no él (8).

Si se preguntase si el reo, que había producido la herida de una manera premeditada e injustificable, fué o no culpable del delito de asesinato, algunos dirían que sí. Si ahora preguntamos a uno de éstos por qué opina que el reo fué culpable del delito de asesinato, contestará, probablemente, que piensa así porque el reo hirió a la víctima y ésta murió. Pero esto es afirmar un hecho; no es una razón ni un principio. Es lo que llamamos la premisa menor. No hay ninguna premisa mayor ni ningún principio

(7) Fórmula con que se acostumbra a expresar la acusación del Estado, representado por la República, el Rey, etc., contra un presunto delincuente.—(N. del T.)

(8) Extractado del libro de MIRIAM FRANCES DUNN, *The Psychology of Reasoning*. «Studies in Psychol. and Psychiat.», 1926, volumen I, núm. 1, págs. 60-61.

general que determine la conclusión. La contestación es «sí»; pero permanece a menudo tan profunda en lo subconsciente o en lo inconsciente, que la mente es incapaz de darle ni siquiera una expresión aproximada. Y, sin embargo, es evidente que tiene que estar allí, pues nadie podría argumentar sobre la responsabilidad moral dimanante de un asesinato sin tener algún concepto de la naturaleza de la responsabilidad y de lo que significa la palabra asesinato. Y así, cuando una persona dice, después de estudiar este caso, que el acusado era responsable del delito de asesinato, lo hace a la luz de su conocimiento de «responsabilidad» y «asesinato». Ese conocimiento se podría cristalizar haciendo la siguiente afirmación: Cualquiera que, premeditada e injustificadamente, con un instrumento capaz de ocasionar la muerte, hiere a otro de manera que éste está en peligro de muerte, es culpable de delito de asesinato si muere la víctima, aun cuando sea concebible que un tratamiento más hábil de la víctima pudiera haber salvado su vida.

El conocimiento que supone esta afirmación puede estar completo en la mente del que dice que el reo es responsable del delito de asesinato, sin aproximarse lo suficiente a la clara visión focal que ha de ser expresada en palabras. Permanece no solamente sin ser expresado en palabras, sino, además, sin ser ni siquiera claramente pensado. De esta manera el proceso del razonamiento envuelve, evidentemente, procesos que podemos llamar subconscientes o incluso inconscientes.

3. CONCEPTOS DINÁMICOS EN LO INCONSCIENTE

Permitaseme presentar el siguiente caso para ilustrar cómo una idea que el paciente rechaza puede ser sofocada en lo subconsciente, y, sin embargo, producir un fuerte impulso para ejecutar una acción que el paciente aborrece.

El paciente tenía unos treinta y ocho años cuando se me requirió para que lo visitara en la cárcel, donde estaba preso por haber asesinado a sus dos hijos.

Su educación había sido deficiente, pues abandonó la escuela estando en el quinto grado, cuando solamente tenía once o doce años. En toda su vida había tenido una enfermedad seria. Se casó a eso de los veintiséis años, y con el tiempo tuvo dos hijos. Su vida de casado había sido completamente feliz hasta poco después del nacimiento del primer hijo. Entonces empezó a sospechar de las relaciones de su mujer con otros hombres. Cuando ella le decía que había ido a visitar a varios parientes, le parecía que su mujer andaba con hombres de mala reputación. Sospechó esto, pero no pudo probarlo, y atribuyó su fracaso en conseguir las pruebas a que los amigos de ella espían sus movimientos para advertirla a tiempo y evitar que él la siguiese la pista. Sin embargo, sostenía que en una ocasión se escondió y la oyó hablar de una manera vulgar con hombres.

Era muy posible que sus sospechas, incluso en esta época, fueran ilusorias, aunque su abogado me aseguró que él tenía muchos motivos para tachar la conducta de su mujer. El paciente comenzó a buscar una forma de evadirse de su infelicidad, entregándose a beber de una manera esporádica y excesiva. Me dijo cómo había oído a otras personas contarle casos de infidelidad de su mujer. Se volvió muy irritable con ella, y la vida de ambos comenzó a ser muy infeliz. Finalmente, él cogió a sus dos hijos y los ocultó secretamente.

A consecuencia de esto se inició un procedimiento judicial, y a él se le confió la custodia del niño pequeño y a su mujer la de la niña, a reserva de una adjudicación definitiva. Mientras estaba pendiente la decisión final, empezó a figurarse que su hija iba creciendo y volviéndose una mujer inmoral bajo la influencia de la madre. Y, sin embargo, el amor a su esposa no había sido destruido por

completo. Me dijo cómo algunas veces pensaba que sería mejor para sus hijos estar muertos antes que su mujer los tuviese consigo y los corrompiese. Y pensó en matarlos por miedo a que esto ocurriera. Y luego solía decir a menudo: «Estoy muy contento de no haberlos matado, pues mi mujer podía cambiar y yo reconciliarme con ella, y así viviríamos una vez más felices y juntos.

Pero mientras tanto, la gente me decía que la veía en este sitio y en el otro con hombres de mala reputación. Empecé a desconfiar de mi abogado; pensé que estaba tramando con mi mujer hacerme volver a vivir con ella. Y una y otra vez me volvió a asaltar la idea de matar a los hijos por miedo a que se los entregasen a ella y creciesen y se volvieran inmorales.» Decía que los hijos estarían mejor en el cielo.

La idea de matar a los dos hijos se había presentado a intervalos durante un periodo de tres o cuatro meses, y parecía ser cada vez más fuerte. Hacia el final, él dijo: «Esta idea me obsesiona. Me arrodillaba, rezaba y pedía a Dios que me ayudase a vencer aquellos pensamientos... No hacía más que intentar alejarlos de mi mente. Me repugnaba pensar en ellos y los alejaba de mi mente; pero en medio de la noche me despertaba y pensaba que tenía que hacerlo. Ellos estarían mejor con Dios en el cielo. Si mi hijita sigue viviendo con mi mujer, se volverá una mujer inmoral. Pensé en matarme; pero dije: si lo hago, iré al infierno; pero lo que yo quiero es que ellos vayan al cielo. No quería hacerlo. Pero no pude evitarlo. Fué el demonio, el espíritu malo que había en mí, el que me hizo hacerlo. Finalmente, un día me asaltó una idea: compra esa pistola. Pero no quería comprar aquella pistola. Empecé a dar vueltas por la ciudad, procurando separarme de la tienda donde vendían el arma. Caminaba, alejándome del tranvía y luego acercándome a él. Finalmente, monté en el tranvía y anduve en él a lo largo de dos o tres manzanas de casas con dirección a la tienda para

comprar la pistola. Y entonces me apeé. Pero no hacía más que oír las palabras: «Compra esa pistola, compra esa pistola». Un espíritu que había dentro de mí decía estas palabras. Finalmente, obedecí. Monté de nuevo en el tranvía, fui a la tienda y compré la pistola. Y de pronto pareció que mi mente estaba tranquila. Yo estaba satisfecho. Monté en el tranvía y fui a casa y escondí la pistola por miedo a que mi madre la encontrase. Algo, pero no una voz verdadera como la de «compra esa pistola», me decía que mi madre no la encontraría. Estuve ocupado, y no pensé más sobre el asunto.»

El paciente trabajaba de noche, y al regresar a su casa a la mañana siguiente, fué a la cama, pero no durmó bien. «No hacía más que pensar en mi hijita y compadecerla, debido a la conducta de su madre. Intenté dormir, y no pude. Por mi mente pasaban toda clase de pensamientos, y no hacía más que pensar de nuevo: lo mejor que se puede hacer es matarlos y ponerlos en las manos de Dios. Luego decía: no quiero hacerlo. Esperaré a ver lo que va a hacer mi mujer. Y luego me acordé de que la señora X me había dicho que ella continuaba todavía saliendo con hombres.»

Se despertó y llevó a su hijito a la barbería a que le cortasen el pelo. Este fué, evidentemente, un acto de su mejor yo, que no quería matar al niño, ¿pues para qué necesitaba cortarle el pelo si al cabo de una hora, aproximadamente, iba a ser asesinado? Luego salió a buscar a la hijita por varios sitios, arrastrado por la idea subconsciente de encontrarla para matarla; pero, a la vez, la buscó conscientemente, porque la amaba y quería verla. No la encontró y fué a casa. Vió una niñita en la esquina, y creyó que era la suya. Saltó del tranvía y corrió hacia ella; pero vió que era la hija de algún otro. Fui a casa, y luego salió para buscarla. «Entonces me acordé de la pistola, y regresé para cogerla y meterla en el bolsillo. Por entonces tenía dolor de cabeza y fui a una droguería a comprar

seltz con bromo para refrescar la cabeza. Entonces empezó a turbarse mi mente, y seguí buscando a mi hijita.»

Se enteró dónde estaba ella, llamó al timbre y la niña acudió, corriendo, a la puerta para besarle.

Luego siguió una escena de súplicas para que la permitieran ir con él a casa de su abuelita a comer pasteles y bombones. La señora que estaba al cuidado de la niña dijo que la habían prohibido dejarla marchar; pero por fin, cuando él prometió llevarla a su casa sólo por un ratito y volver a traerla, y cuando la niñita suplicó: «Quiero ir con mi papá», fué concedido el fatal permiso. El paciente recalcó en este momento de la interviú: «Cuando hice la promesa tuve realmente intención de cumplirla y de volver a llevar a la niña.»

Y así pensó su mejor yo; pero un ogro que moraba en lo inconsciente, una idea subconsciente con un dinámico poder de seducción, había preparado ya todo para el asesinato.

La niña se puso el abrigo y el sombrero y fué corriendo hacia su papá. Este se dió cuenta de que los zapatos de ella tenían agujeros, y la hizo volver en busca de sus chanc'os de goma, pues la calle estaba húmeda y embarrada. Este era otro acto del yo consciente que demuestra que el yo consciente no tenía intención alguna de matar a la niña. ¿Pues qué importaba que la niña se hubiese mojado los pies si antes de una hora iba a ser asesinada? Mientras iban andando, la niña no hacía más que parlotear: «Quiero ir a vivir contigo y con la abuelita. No quiero vivir con mi madre.» En unos minutos estuvieron en casa. «Mi mente era entonces un rugido continuo. En mi cabeza no había más que tristeza y otros sentimientos semejantes. El niño tenía algunas nueces, y salimos al porche zaguero a cascarlas. Volvimos a la cocina, y me acuerdo perfectamente de que mi madre estaba allí. Parecía como si ella fuese un espíritu, una verdadera sombra. Allí estaba ella; pero no parecía mi madre. Distribuyó entre

los niños algunos pasteles y racimos de uvas. Los comieron, y yo dije: «Venid a la parte delantera de la casa.» Acababa de asaltarme la idea de matarlos a tiros. No sé si me siguieron ellos o si los seguí yo. Dije: «¡¡¡No!!! ¡¡¡No lo haré!!!» Pero habíamos pasado por el vestíbulo, y el maldito impulso me volvió a asaltar, y disparé sobre mis dos hijos. Cogí primero a la niña, y puse su cabeza contra mi chaleco. Y luego, con la rapidez del rayo, cogí al niño y puse su cabeza contra mi chaleco. No recuerdo cuántos disparos hice. Después que aquello hubo terminado, no me acuerdo de nada, sino de mi madre, que estaba llorando, y de la gente que corría y de mis gritos llamando a la Policía. De lo primero que me acuerdo después es de cuando bajaba los escalones de la entrada con un policía.»

«¿Cree usted que fué responsable?», le pregunté. «No pude haberlo sido. Mi corazón estaba henchido de amor por aquellos pequeñuelos, un amor que no puedo describir. Fué el amor que tenía por mis bebés, y aquel demonio o lo que quiera que fuese que había dentro de mí, lo que me hizo comprar aquella pistola. Había descuidado la Misa y la Comunión durante dos años. Si hubiese acudido a Dios y a un sacerdote en confesión, él me habría ayudado. Ahora puedo comprenderlo todo.»

La niña tenía seis años y diez meses y el niño cuatro años y cuatro meses cuando fueron asesinados por su padre.

El paciente fué declarado loco y enviado a un manicomio, donde finalmente se suicidó.

Estudíemos esta triste historia por un momento. La conducta no fué la de un hombre cuerdo, sino la de un loco que sufre lo que ha sido llamado en la literatura *paranoia acuta* (9). Ésta consiste en un estado ilusorio

(9) Si se desea conocer la literatura más importante sobre este punto, véase la obra de T. V. MOORE, *Cognitive Psychology*. Filadelfia, 1939, págs. 25-26.

agudo que deriva de un severo esfuerzo emotivo, acompañado de alucinaciones y de un impulso persistente de realizar un acto irrazonable, frecuentemente de carácter criminal. Una vez cometido el acto no hay ningún impulso para ninguna clase de repetición, como ocurre en las obsesiones, sino que la excitación emotiva se desvanece y el estado del individuo se calma. Acaso haya a veces amnesia para el acto criminal.

Ahora estamos interesados en los elementos inconscientes del cuadro que hemos expuesto. Vemos dos sistemas emotivos en conflicto, los cuales han sido con frecuencia llamados dos personalidades. No hay ningún inconveniente en utilizar el término «personalidad» si no nos olvidamos de que no lo estamos usando en sentido metafísico, sino con un significado empírico que se ha hecho común en la literatura psicológica.

Estudiemos estas dos personalidades. Una, ama a los niños, quiere tener cuidado de ellos, protegerlos y deleitarlos con las alegrías peculiares de la niñez. Y así nuestro paciente se preocupa de que su hijito lleve el pelo cortado, le hace a la niña ponerse chanclos de goma por miedo a que se enfríe, la lleva junto a su abuela para que coma pasteles, bombones, nueces y uvas. Vemos a un padre que ama realmente a sus hijos.

La otra personalidad está bajo la influencia de conceptos ilusorios. Las infidelidades de la esposa han sido quizá exageradas y las ideas ilusorias de referencia ven algunas cosas bajo una luz falsa, aun cuando otras cosas pudiesen ser ciertas. Hay una actitud bivalente de amor y de odio hacia la mujer, si bien domina el odio. Y aunque nuestra entrevistadora no lo descubrió, está dentro del reino de lo posible que en los profundos estratos de lo inconsciente había una fuerza que arrastraba a matar a los hijos con objeto de castigar a la mujer. Este impulso se enmascara, y, por un proceso de racionalización, el paciente se convence a sí mismo de que quiere matar a sus

hijos para preservarlos de la corrupción moral y para hacerlos felices con Dios eternamente en el cielo. Una mente normal habría visto fácilmente, a través de esta falsa racionalización, y se habría preguntado: ¿Por qué he de ponerme en el lugar de Dios y con mi ceguera de las futuras posibilidades truncar las vidas de los niños?

La idea de matar a los hijos para castigar a la mujer fué sugerida solamente por el paciente en forma negativa, al decir: «No los maté porque estuviese celoso de mi mujer.»

Aparece muy claro que el paciente, durante todo el episodio, estaba dominado por la idea de matar a los hijos para preservarlos de la corrupción moral, aun cuando en un estrato más profundo de lo inconsciente existía la idea de venganza. Pero incluso este concepto de preservación no estuvo claramente en la consciencia durante gran parte de la tragedia. Ocasionalmente se encontraban lo consciente y lo inconsciente, produciendo una violenta reacción emotiva y una repudiación volitiva expresada por palabras tales como: «¡No! ¡No! No quiero.» Pero está perfectamente claro, a juzgar por todo lo que hemos dicho, que el paciente no era plenamente consciente de la motivación completa de sus acciones, y que en cierto modo su conducta fué influida profundamente por lo inconsciente.

Dijo hacia el final de la interviú: «Si hubiese acudido yo en confesión a Dios y a un sacerdote, esto no habría ocurrido.» Esto es precisamente lo que habría hecho un católico cuerdo, y de esta manera, después de recibir la ayuda divina y de ver dentro de sí mismo, se habría librado del impulso irrazonable. Una persona que no hubiese sido católica acaso hubiera hablado detenidamente sobre el asunto con un amigo fiel y prudente y habría obtenido un discernimiento natural que le habría

permitido hacer frente a la situación y actuar con prudencia y dominio sobre sí misma.

Cuando el impulso inconsciente es sacado a la potente luz del punto focal de la conciencia, se desvanece su color y desaparece rápidamente su misterioso atractivo. Para tratar con lo inconsciente, hemos de empezar por no negarlo, por no ignorarlo; por el contrario, debemos examinarlo, y entonces seremos capaces de actuar con el cuidado y prudencia ordinarios.

Cualquier confesor será capaz de volver la vista hacia atrás y contemplar varios episodios de las vidas de sus penitentes que terminaron en un acto pecaminoso de una o de otra clase. Y cuando se estudia el episodio relatado se ve cómo todas las cosas fueron determinadas por conceptos dinámicos de lo inconsciente, como si hubiese sido planeado lógicamente desde el principio hasta el fin. Tal es el camino de la tentación que conduce al pecado, a menos que se haga uso de la gracia de Dios para ver las cosas en su verdadera luz y fortalecer el esfuerzo volitivo en la lucha para permanecer fieles a los ideales.

4. LA VIDA DE LOS SUEÑOS Y LO INCONSCIENTE

El estudio de los sueños ha revelado que éstos son frecuentemente, si no siempre, la continuación del pensamiento que tenemos cuando estamos despiertos, por medio de una especie de manera de pensar alegórica y simbólica. Así muchos sueños tienen una significación que puede ser descubierta por un análisis del sueño. La significación es obtenida a menudo solamente después de un análisis muy difícil. Evidentemente, es algo que la persona bien despierta ignora por completo. Pero la misma persona no solamente produjo las imágenes del sueño, sino que también leyó en ellas el significado que las transformó en una alegoría.

La expresión simbólica del pensamiento por medio de un grupo de imágenes es algo que tiene lugar, con peculiar espontaneidad, en la vida que pasamos dormidos. Se puede lograr mejor una visión inmediata de esto estudiando las expresiones imaginarias del pensamiento que aparecen cuando se queda uno adormilado de día. En tales casos, el grupo de imágenes del sueño se forma solamente pocos minutos después del hilo del pensamiento, y es más fácil encontrar la conexión entre el grupo de imágenes y el pensamiento que cuando uno intenta analizar a la mañana siguiente un sueño de la noche que acaba de pasar.

El siguiente ejemplo puede ilustrar lo que quiero decir:

«Estaba leyendo esta mañana la epístola de San Clemente a los Corintios, examiné con cuidado la palabra παράπτωμα, encontrando el significado de «una caída hacia un lado», metafóricamente una transgresión. Un poco más tarde eché un sueñecillo y vi un lanzamiento semejante al que se suele ver en un depósito donde se deja que los baúles se deslicen a lo largo de un plano inclinado, en forma de curva, hasta el suelo que hay debajo. Por el plano inclinado bajaba rodando un gran número de colchones rojos, enrollados y atados con una cuerda, y cuando llegaban al suelo caían hacia los lados. Al principio no pude ver nada con lo cual se pudiese relacionar la peculiar escena; poco después me acordé de la palabra παράπτωμα y de la frase *una caída hacia un lado*.»

Es claro que mientras estaba despierto no me daba cuenta de ningún significado del cuadro que había estado delante de mi mente durante el sueño. Pero es igualmente claro que el cuadro había tenido un significado muy concreto. Hubo entonces un lapso de tiempo en que el significado del cuadro fué inconsciente. Además, la actividad por la cual fué expresado el pensamiento en forma de un grupo de imágenes no era consciente. No había

ninguna intuición ni ningún esfuerzo hechos inconscientemente para expresar un pensamiento en forma de un grupo de imágenes. Por consiguiente, esta actividad era inconsciente. Y aunque inconsciente, era evidentemente psíquica. Pues la expresión del pensamiento por medio de un apropiado grupo de imágenes es evidentemente una función mental, no un mero cambio químico que se produce en alguna parte del tejido cerebral. Es una función psíquica del alma.

Los sueños de la noche ilustran esta actividad inconsciente, aunque es más difícil captar su significado.

Consideremos, por ejemplo, el siguiente sueño (10):

«Estaba soñando que un hombre refería a un muchacho de unos trece años cómo se demostró por primera vez que los botes salvavidas podían salvar vidas. Desde un barco, en el que había cinco marineros y varios pasajeros, que hacían un total de cuarenta y dos, fué lanzado un bote salvavidas. Él preguntó al muchacho si creía o no que el bote estaba abarrotado de personas. Y yo quedé sorprendido de la estupidez del muchacho, que no contestó rápidamente en sentido afirmativo. En este momento apareció en el sueño otro bote salvavidas, y el hombre continuó diciendo al muchacho que un marinero intentaba atar la proa del segundo bote a la popa del primero. Al llegar a este punto creí que le iban a decir al marinero que esto no se debía hacer, cuando, ante mi sorpresa, el hombre continuó relatando que al intentar hacerlo, el marinero cayó por la borda y se ahogó. Yo estaba más bien sorprendido por esta conclusión del relato, pues creía que el marinero habría sabido nadar y me figuraba que la conclusión iba a ser que los demás dirían al marinero que no atase los dos botes. También me preguntaba por qué se usaba la palabra marinero en vez de la de marino. Me preguntaba también, teniendo en cuen-

(10) Fué estudiado en mi obra *Personal Mental Hygiene*. Grune and Stratton, New-York, 1944, p. 124.

ta que el mar estaba lo bastante picado para ahogar al marinero que había caído por la borda, cómo era posible que los botes, que llevaban tanta gente, capearan la tormenta.»

El significado fundamental del sueño para el que había soñado era que él no creía que dos sociedades deberían fundirse en una. Pero este significado le era desconocido cuando estaba despierto, es decir, era inconsciente. Notad, sin embargo, que no solamente era desconocido el significado fundamental del sueño para el que había soñado, una vez que éste estaba despierto, sino que el sueño mismo se desarrollaba de una manera que él no podía determinar de un modo consciente. Nos dice cómo. «creyó que le iban a decir al marinero que no atase la proa del segundo bote a la popa del primero»..., cuando, ante su sorpresa, «el hombre continuó relatando que, al intentar hacerlo, el marinero cayó por la borda y se ahogó».

¿Pero quién, sino el que soñaba, estaba realmente relatando la historia? Si un autor estuviese escribiendo una historia no podría sorprenderse del contenido de cualquier sentencia que él escribiese, a menos que pudiera arreglárselas para quedarse dormido y escribir lo que había soñado. Evidentemente, el plan del sueño anterior es una fabricación inconsciente de la «psyche». Hay, por consiguiente, una actividad psíquica del ser humano que continúa sin la guía y dirección consciente del Yo.

5 SIMBOLISMO DINÁMICO INCONSCIENTE DE LA VIDA DURANTE LA VIGILIA

Se conoce desde hace tiempo que las condiciones emotivas agudas pueden tener un comienzo súbito sin ninguna causa aparente en los acontecimientos presentes de la vida del paciente. Algunas de ellas bien pudieran ser debidas a acontecimientos oscuros y desconocidos de la

vida del hombre que producen una continua irritación de los centros reflejos emotivos del hipotálamo. Pero otras pueden ser relacionadas con la tendencia del pensamiento del paciente. Hay muchas cosas que indican que a las funciones de la experiencia psíquica sirve más de un camino de la mente, y algunos de estos caminos se hallan, al parecer, debajo del nivel de la aprehensión focal. En realidad, parecería como si algunas de las ideas que surgen súbitamente en la conciencia pudiesen ser rastreadas al nivel de lo consciente desde lo inconsciente.

Me gustaría presentar un caso en el que la irrupción de lo subconsciente en lo consciente estuviese por lo menos asociada con el comienzo de un estado de ansiedad y con el discernimiento, por parte del paciente, de esta relación, seguido por una completa desaparición de la ansiedad.

Poco después de la terminación del año escolar, una madre escribió acerca de su hija, de dieciséis años, en la que hacia fines del año se había desarrollado un sentimiento de inseguridad.

Hacia dicha época, ella manifestó una repentina incapacidad para ir a la escuela, y su hermana tenía que llevarla, pues de lo contrario no quería ir. Tampoco quería ir a reuniones, a menos que la llevase su madre. Con mucha frecuencia, en lugar de regresar a casa ella sola desde la escuela, solía telefonear diciendo que estaba enferma en una droguería y que alguien tendría que ir a llevarla a casa. Cuando iba alguien de la familia a recogerla parecía que no ocurría nada anómalo, y ella no sabía explicar por qué había tenido que detenerse en la droguería.

Aunque la dificultad de ir sola a la escuela había empezado nada más que seis semanas antes de que la muchacha hiciese su primera visita al centro infantil, habían aparecido otros temores durante el año anterior. En una clase se desarrolló en ella el temor de ser incapaz

de recitar, aunque no fracasó nunca cuando se la llamó a hacerlo. Se había desarrollado también en ella el temor de que la dejaran sola cuando estaba en cama con catarro. Pero unas semanas antes de que terminasen las clases se había vuelto repentinamente incapaz de andar por las calles sin sentir una intensa ansiedad, y se negaba a ir a la escuela a menos que la acompañase otra persona.

Se probaron las relaciones domésticas y escolares de la niña, pero de momento no se descubrió nada. La niña había tenido un aparato de yeso durante tres años a consecuencia de una curvatura en la espina dorsal, y se creyó que quizá hubiese un *descenso del nivel mental*, debido a una incapacidad física general. Se dispuso lo necesario para que fuese a un campamento en el verano, y regresó en excelentes condiciones físicas, al parecer, pero cuando se habló de su regreso a la escuela se le llenaron los ojos de lágrimas y dijo que no podría andar sola por las calles. Se realizó el intento de analizar el fundamento mental de su temor de estar sola.

Este análisis reveló que, durante algún tiempo, ella había invertido gran parte de su tiempo libre haciendo castillos en el aire acerca de sus amistades. Se había desarrollado en ella el temor crónico de que ningún muchacho le pediría que se casase con ella y de que se quedaría soltera toda la vida. Esto pudo haber llegado a ser una posibilidad real en su mente, por el hecho de que ella había tenido que llevar un aparato de yeso.

Durante una interviú, en la que se le pidió que expusiese todos sus recuerdos que estuvieran asociados con el pensamiento de «estar sola en la calle», se acordó de un incidente que, según ella, era el origen de su incapacidad presente para estar sola en la calle.

Hacia fines del año escolar, regresaba ella una tarde a casa después de una reunión. En la calle no había nadie, a excepción de un hombre que estaba a una distancia de

una manzana de casas, aproximadamente. Al parecer, estaba a esta distancia de ella, y cada vez se iba alejando más. Entonces la asaltó un intenso temor: él se alejará y me dejará completamente sola. Pensó que tenía que alcanzarlo, y empezó a correr, gritándole: «¿Sabe usted dónde podrán darme un trago de agua?» Tan pronto como lo alcanzó se desvaneció su temor. Dijo que estaba enferma y que quería beber algo. Él le dijo dónde había una droguería y siguió andando. La muchacha fué a la droguería, pero no pidió nada para beber. Se limitó a telefonear a su madre rogándole que fuese a buscarla. Desde entonces sentía miedo de andar por la calle. Pero no se le había ocurrido nunca pensar que el incidente tuviese ninguna relación con la fobia.

A cualquiera que haya analizado sueños, el incidente le parecerá muy semejante a la expresión simbólica del pensamiento de un sueño. La ansiedad fundamental de la vida de la paciente es el temor de que, debido quizá a su defecto de la espina dorsal, no encontrará nunca un amigo y quedará soltera toda la vida.

Con este temor en la mente, se encuentra sola en la calle y ve un hombre delante de ella, el cual se aleja cada vez más. Esto simboliza su ansiedad, que constantemente se le vuelve a aparecer: «Yo no estaré nunca junto a ningún hombre.»

Se llevó a cabo el intento de sacar esta interpretación con la paciente, partiendo de sus asociaciones. Se le hizo ver que tenía que haber habido una causa de su irrazonable temor cuando ella vió alejarse al hombre que iba delante, y que si ella no asociaba conscientemente el incidente con la mayor ansiedad de su vida, éste podría haber sido inconscientemente para ella una expresión genuina de esa ansiedad.

Su comprensión de la conexión no era profunda, pero por alguna razón ella se dió cuenta de que no había motivo para que tuviese miedo de ir sola por la calle, y a

partir de aquella interviu con ella cesó la dificultad. Después vino una vez al mes durante algún tiempo, y decía que ya no había ninguna dificultad en ir a la escuela, y se reía de su anterior ansiedad.

6. LA PERSONALIDAD INCONSCIENTE

En todo ser humano se ha de encontrar un gran número de deseos y tendencias emotivos. No todos estos deseos y tendencias emotivos convergen a la consecución de un ideal. La mente humana es un campo de batalla de fuerzas hostiles en el que, sin embargo, ocurre, creo que podemos decirlo, que los buenos dominan y los malos están sujetos a represión. A fin de que este dominio permanezca siempre victorioso y a fin de que logre expresarse el Yo mejor, se requiere no solamente cierta estabilidad y fuerza de voluntad, sino también la integridad del sistema nervioso.

Nuestro estudio de los factores fisiológicos en las manifestaciones emotivas apunta en esta dirección. Si los cambios patológicos del sistema nervioso diesen lugar a una súbita aparición de reacciones emotivas violentas, bien fuera debido a la producción directa de la experiencia afectiva o bien a la paralización de los frenos, entonces bien podría ser que una vida mental bien organizada previamente pudiese soportar los cambios revolucionarios.

Esto sería posible solamente si las tendencias emotivas, contrarias al ideal establecido por la actividad voluntaria, no estuviesen aniquiladas, sino meramente contenidas para no interferirse con la organización establecida en la vida mental. ¿Qué les sucede mientras están contenidas? Uno no puede experimentarlas ni sentir ningún rastro de su existencia durante notables intervalos de tiempo. Ciertamente, toda personalidad bien organizada no se da cuenta siempre de las fuerzas contrarias que

hay en el conflicto moral. ¿Qué es de estas fuerzas contrarias cuando no se nota su presencia? Tienen que existir, por lo menos, como rastros de fuerzas en potencia que pueden convertirse en fuerzas actuales en caso de que desaparezcan los frenos. No intentemos arreglar la cuestión en lo referente a su manera de perdurar, sino contentémonos con el conocimiento de que, en general, no están aniquiladas, sino que en cierto modo continúan existiendo. Podemos, en realidad, designar la suma total de tendencias contrarias a la personalidad bien organizada con el nombre de personalidad subconsciente. El término personalidad es usado aquí en un sentido empírico, no en el metafísico de un ser subsistente intelectual y substancial.

Permitásenos ilustrar, por medio de un caso real, lo que queremos decir aquí. Tomaremos un caso estudiado hace años por nuestro propio Centro Psiquiátrico (11):

El paciente, cuando tenía unos veintiocho años de edad, sufrió un ataque de encefalitis letárgica. Su enfermedad comenzó con dolor de abdomen, que dió lugar, como consecuencia, a un fuerte dolor de cabeza. Empezó a ver doble, se volvió soñoliento y principió a dormirse. Durante el sueño empezó a retroceder y a gritar como si sufriese un gran dolor. Después de veinte días de sueño casi continuo, la soñolencia comenzó a desaparecer, y poco después, fué dado de alta del hospital. En unas diez semanas después del alta ganó sesenta y cinco libras, a pesar de haber perdido el apetito.

Entonces se observó que se había producido un profundo cambio en su carácter.

Aunque no había habido ninguna pérdida seria de inteligencia, él había sufrido un profundo cambio en su vida emotiva y en la organización de su conducta.

(11) Véase el trabajo de DONALD McNEIL *A Peculiar Transformation of Character due to Encephalitis Lethargica*. «Am. J. Psychol.», 1923, 34, 13-31.

Antes de su enfermedad se podía confiar en que guardaría su palabra y haría cualquier cosa que hubiese prometido; pero después prometía, mas no cumplía, haciendo promesas sin la menor intención, evidentemente, de guardarlas. Antes de su enfermedad se podía confiar en que decía la verdad, y no se supo nunca que hiciese afirmaciones falsas respecto de nadie. Después de su enfermedad refirió a sus padres cosas, que no eran ciertas, referentes a varias personas; así que ya no se pudo confiar en su palabra de ninguna manera. Sin embargo, no se produjo ningún cambio en su honradez en asuntos monetarios. Antes de su enfermedad, si rompía algo en su trabajo de lampista, se lo decía a su patrono; pero ahora destruía material valioso y trataba de ocultar lo que había hecho. Antes de su enfermedad era siempre respetuoso y discreto en sus relaciones con las mujeres; pero después, quería hacer el amor a todas las muchachas que veía. Una vez, en un teatro, después de su enfermedad, se quedó dormido y apoyó la cabeza en una joven que estaba sentada junto a él. Como fuese expulsado del teatro por esta acción, quiso demandar a la gerencia, afirmando que no tenía derecho a quejarse de su conducta.

Se puede resumir su conducta enumerando una serie de rasgos que aparecieron, y otra de rasgos que desaparecieron después de su enfermedad:

RASGOS QUE APARECEN DESPUÉS DE
LA ENCEFALITIS LETÁRGICA.

Locuacidad.
Franqueza en las opiniones.
Persistencia en intentar alcanzar lo que quiere.
Buen humor.
Estar poseído de sí mismo.
Tendencia a hablar de sí mismo.
Sociabilidad.
Tendencia a confiar en los demás.
Tendencia a expansionarse.
Tendencia a hablar de sus asuntos íntimos.
Insolencia.
Insolencia hacia el sexo opuesto.
Interés por el sexo opuesto.
Donjuanismo.

RASGOS QUE DESAPARECEN DESPUÉS
DE LA ENCEFALITIS LETÁRGICA.

Convencionalismo.
Destreza con las herramientas.
Capacidad para cultivar la compañía de las personas mayores.
Tacto.
Integridad.
Fidelidad.
Cuidado por la reputación de los demás.
Preocupación por los derechos de los demás.
Método sistemático de trabajo.
Puntualidad.
Tendencia a deprimirse.
Afectación.
Delicadeza.
Circunspección.
Tendencia a tener amigos.
Cuidado de la apariencia personal.
Timidez.
Conformidad con las reglas sexuales establecidas.

Cuando consideramos que la encefalitis letárgica ataca a la materia gris del córtex y a los diversos ganglios subcorticales, parece posible explicar esta aparición y desaparición de tantos síntomas, debido a un factor general: la parálisis de las inhibiciones. El lenguaje y los actos ya no eran organizados por la actividad volitiva, pues el mecanismo de control había sido seriamente deteriorado. Y, como resultado, comenzaban a hacer su aparición, sin freno ni traba alguna, fuerzas y tendencias contrarias a los ideales establecidos por el Yo. La personalidad metafísica era, desde luego, la misma, pero las manifestaciones empíricas del Yo sufrieron un cambio profundo. Podemos designar las fuerzas y tendencias reprimidas con el nombre de personalidad inconsciente, de la cual el Yo no había sido consciente durante años. Con la parálisis de las inhibiciones la bestia dormida salía de su estado de sopor invernal y comenzaba a dominar la conducta.

Todos nos damos cuenta de que, dentro de nosotros, hay una bestia en estado de sopor invernal, que puede todavía volverse activa, a menos que mantengamos nuestro sistema de control. Este sistema de control puede ser destruido en casos raros, pero puede también irrumpir a través de nuestra infidelidad a los ideales. Es un colapso de esta especie el que (exceptuando, desde luego, los accidentes de extraordinaria importancia, como el sufrido por nuestro paciente) podemos prevenir, concibiendo la vida como un período en el que hemos de llevar a cabo una tarea valiosa, y viviendo para cumplirla con entusiasmo (12).

DOM. THOMAS VERNER MOORE, O. S. B.

* (12) Para un estudio más amplio de los fenómenos de la personalidad múltiple y para un estudio de las relaciones entre la ruptura de la continuidad de la memoria y el desdoblamiento de la «personalidad» y de la distinción entre las *personalidades empíricas* resultantes y la personalidad metafísica, véase T. V. MOORE, *Cognitive Psychology*, págs. 24-44.

S U M M A R Y

The present study is an effort to illustrate the workings of the human mind which seem to be unconscious, rather than an attempt to discuss the various theories of the unconscious. It commences with the discussion of the memory trace and the light it throws on psychophysical parallelism. Evidence is presented that the memory trace is not a mere physical deposit in the brain but is either psychophysical or spiritual in its nature. The memory trace may be termed psychic, but we are not conscious of our memory trace. The memory trace is therefore psychic but unconscious.

Evidence is adduced from sensory perception that the sensory elements involved in perception may not rise to the level of consciousness, but may nevertheless be evaluated unconsciously in simple judgements of sensory presentations. It is pointed out also that the major premise which determines the conclusion may not enter focal consciousness.

A detailed picture is given of a man who murdered his two little children and how the desire to kill them though repressed in the unconscious was a directing influence in various pieces of conduct.

The unconscious is illustrated also from dream life. The dreamer weaves the dream and presents his thought in sleep in a symbolic manner. But he is not conscious while dreaming of developing an allegory, and on awakening he does not know the meaning of his dream. The dream work is therefore an example of unconscious activity.

Again the unconscious is illustrated by the analysis and cure of a psychoneurotic condition in a child.

Finally the unconscious personality is illustrated by the character changes that followed encephalitis lethargica in a young man of twenty eight.